

Al erudito bibliófilo y Presbi-
tero D. Miguel Muñoz, en tes-
timonio de aprecio, el Autor

2

GLORIAS XEREZANAS

78-B

Diego Fernández
de Herrera ⁽¹⁾

ROMANCE

I

Era del brumoso Octubre
uno de los días postreros,
y à su término tocaba
el año de mil trescientos
treinta y nueve, año de luchas
y de zozobras sin cuento.
En la ciudad de Xerez,
bizarro y heróico pueblo

(1) El apellido de *Herrera* no fué conquistado, como afirma Bartolomé Gutierrez en su *Historia de Xerez*, tomo II, pág. 499, en el acto heróico que reseñamos en este humilde romance; puesto que en el *Libro del Repartimiento* de Casas de 1266, figura en la collacion de San Juan, Domingo Gonzalo de Herrera, abuelo del héroe mencionado.



que llenó el suelo de España
de esforzados caballeros,
desde temprano se observa
desusado movimiento
de señores linajudos,
que, abstraídos y en silencio,
cruzan las estrechas calles
desde el uno al otro extremo,
baja la altiva cabeza,
fruncido el adusto ceño;
de hidalgos que van y vienen
á buen paso y mal contentos,
según llevan de mohino
y mal encarado el gesto:
pelotones de soldados
y corrillos de pecheros,
que con avidez atisban
y murmuran con recelo,
del que sube y del que baja,
pobre ó rico, mozo ó viejo.
Es indudable que todos
los moradores del pueblo,
algo temen y algo esperan,
pero terrible y siniestro.

II

Bajo la espaciosa nave
del hermoso y santo templo
de San Juan, al que los fieles
llaman *de los Caballeros*,

aparecen congregados,
en haz compacto y espeso,
nobles de elevada alcurnia,
hijosdalgos de abolengo,
magistrados y golillas,
los patronos del Concejo,
soldados de edades varias
de marcial y franco aspecto,
aunque los más son vulgares,
y de distincion los menos.
Todos en monton confuso
agítanse con empeño,
y se oprimen, se codean,
se empujan y pisan ciegos,
pues cada cual ambiciona
ser de todos el primero.
Pronto en el aire resuena
un prolongado siseo,
que cual eléctrica chispa
vá el concurso recorriendo,
y varias veces se oye
con acentuado imperio,
repetida la palabra
sacramental de *¡silencio!*
Calla el ruidoso gentío,
y con profundo respeto
todos á escuchar se aprestan
las razones ó consejos
que vá á darles el ilustre
Prelado de Mondoñedo
don Alvaro de Viedma,
militar y Obispo á un tiempo;

si como clérigo, sábio,
valiente, como guerrero.

III

—Ha seis meses que sufrimos
apretado y duro cerco,
que el rey de las Algeciras
obstinado nos ha puesto;
(dice el ilustre caudillo
con emocionado acento).
Hasta aquí hemos resistido
y luchado como buenos;
pero las fuerzas nos faltan,
mientras crecen las de ellos.
Ellos la salud disfrutan
del que vive en campo abierto;
nosotros las privaciones
y los tristes sufrimientos,
de los que de altas murallas
se ven encerrados dentro.
Y... de ello hablar no quisiera,
porque me desgarran el pecho;
mas lo diré, aunque me cueste
hondísimo sentimiento.
El hambre ya ha desplegado
su fúnebre pendón negro,
y á todo el pueblo cobija;
á los grandes y pequeños.
El duro pan que hasta hoy
nos dió el único sustento

durante un mes, mitigando,
el dolor del cuerpo hambriento,
se acabó con la esperanza
de exterminar al ejército
formidable, de los hijos
del arenoso desierto.

Réstanos sólo un recurso
en tan aciagos momentos;
morir en sangrienta lucha,
antes que entregar el cuello
á la bárbara cuchilla
del cobarde sarraceno;
y si morir, como bravos
peleando, no podemos,
por resistirse á la lidia
la endebles de nuestro cuerpo,
por el hambre extenuado
y por las fatigas muerto,
de NUMANCIA y de SAGUNTO
la abnegación imitemos.—

Aun de las palabras últimas
escuchábase los ecos,
cuando del compacto grupo
adelantóse un mancebo,
de noble y viril presencia,
y de continente apuesto,
y al insigne Obispo dice
con aire firme y resuelto:

—Señor, xerezano soy,
del honor humilde siervo,
nieto del valiente Herrera,
que dió sangre de su pecho

por rescatar del *moslím*
este codiciado suelo.
Sabed, señor, que ahora y siempre
á morir estoy dispuesto
por la pátria; mas de hambre,
cobarde fuera, teniendo
frente á frente al enemigo,
y al cinto el tajante acero.
Sé las costumbres y el habla
del astuto sarraceno,
aprendidas cuando niño
en oscuro cautiverio;
y soy capaz de internarme
del moro en el campamento,
y darle muerte al odioso
Abu-Malik, que es el dueño,
príncipe, señor y jefe
de los moriscos ejércitos.
Ayudad vos esta empresa
con vuestros bravos guerreros,
y aprovechando el instante
de general desconcierto,
que ocurrirá, cuando miren
al infiel *Picazo* muerto,
cargad sobre el enemigo
con belicoso denuedo;
que abrigo la confianza,
y aun más, la certeza tengo,
de que en el primer embate
ha de ser el triunfo nuestro.—
Con tal fé y aplomo tanto
habló el valiente mancebo,

que todos los allí juntos,
atónitos y en silencio
contemplándole quedaron;
hasta que el de Mondoñedo,
le dijo: ¿Por Dios juráis
cumplir lo que habeis propuesto?
Por Dios bendito lo juro,
por mi honor de caballero.
Falta sólo que mañana
con los instrumentos bélicos,
de atabales y clarines,
hagáis con fragoso estruendo
una señal convenida.
—Hora.

—La del alba.

—Presto

marchad, y Dios nos ayude;
que á vos, heróico mancebo,
os dará valor y amparo
la Virgen de los Remedios. (1)

IV

Desde el lejano Occidente
lanza sus rayos postreros
el sol, entre parda bruma
y entre celajes envuelto.

(1) Era especial la devoción que en este tiempo tenían los caballeros jerezanos á Nuestra Señora de los Remedios, cuya sagrada imágen fué hallada en un vano de la muralla de la Puerta del Real.

Sobre blanca, hermosa yegua,
voladora como el viento,
á todo escape cabalga
un *moslím*, jóven y apuesto,
lanza en cuja, gúmia al cinto,
y al lujoso arzon sujeto
vá pendiente el corvo alfanje,
que es de damasquino acero.
Ancho turbante le sirve
de marco al rostro trigueño,
donde, cual ardientes áscuas,
centellan dos ojos negros.
Lleva, como distintivo
de su elevado perjenio,
en vez de alquicel, *chilaba*
con adornos de alto precio:
oro, sedas, apostura;
todo, nos dá como cierto
que el *africano* ginete
es un señor opulento,
un *walid* de régia stirpe,
ó algun *jeque* de Marruecos.
Quien quier que sea, impaciente,
vá por sendas y linderos,
atravesando á galope
sin marcado derrotero,
los sembrados que el alarbe
taló, de venganza ciego.
Y así rápido camina
y vá por los campos yermos,
que próximos á Sidonia
se extienden como desiertos,

forzando á la noble yegua,
que atrás deja al ráudo viento.

V

En el horizonte, apenas
dibuja su albor primero
vaporosa la mañana,
disipando el manto negro
que á la tenebrosa noche
guarda entre sombra y misterio.
Bien cerca del turbio Lete,
en unos llanos inmensos,
acampa de la morisma
el beligerante ejército,
y donde quiera hay señales
de militar vivaqueo.
Al lado, sobre la cumbre
de un alto empinado cerro,
álzase la blanca tienda
del temido *Infante Tuerto*:
todo en la quietud reposa,
todo duerme en el silencio
que de vez en cuando turba
el ^{añ}erta soñoliento
del vigilante atalaya.
De súbito, interrumpiendo
la tranquilidad del campo
y el apacible sosiego
que reina en las dulces horas
del amanecer risueño,

atabales y clarines
tocaron con tal estruendo,
tal confusa algarabía
de lejano clamoreo,
tal tropel de gente armada
y agudos gritos se oyeron;
que las tropas agarenas
pusiéronse en movimiento,
y las repetidas voces
de alarma, pronto invadieron
hasta los rincones últimos
del morisco campamento.
Sonaron los añafles
con atronadores ecos;
voces de mando, imperiosas,
en todas partes se oyeron;
unos montan á caballo,
otros los disponen presto,
los de aquí buscan sus armas,
y las requieren aquellos,
los más azorados corren
con grande desasosiego:
hay espanto en muchas caras,
serenidad en las menos.
Todos impacientes miran
hacia el empinado Cerro
en donde el Real se asienta,
aguardando den comienzo
las primeras maniobras
y los anuncios primeros,
de apercibirse á la lucha
contra el enemigo fiero.

pues por instantes avanzan
los cristianos hacia ellos.
Mas enfrente de la tienda
de Abu-Malik, todos vieron
un peloton de los suyos
los alfanjes esgrimiendo,
y oyéronse bien distintos,
maldiciones, juramentos,
alaridos angustiados
y el chocar de los aceros.
Del peloton, vióse á poco
cual una flecha ligero,
partir sobre blanca yegua
al incógnito guerrero
que atravesó por la noche
el morisco campamento,
cual súbdito del *Infante*
y de Alah rendido siervo.

VI

Los aguerridos cristianos
como chacales hambrientos,
han penetrado veloces
en el enemigo cerco,
dando con feroz empuje
á la matanza comienzo.
La morisma alborotada
sin más recurso ni medios
de defensa, que la huida,
en tan impensado encuentro,

ávida á sus jefes busca,
como salvador remedio
contra el infernal desórden
y el reinante desconcierto,
que es nuncio de la derrota
buscada por tanto tiempo,
y esta vez puesta al alcance
de los cristianos guerreros.
Repléganse del Real
hácia el empinado Cerro,
y allí, frente de su tienda,
con terror pánico vieron
al caudillo Abu-Malik
tendido en el duro suelo,
con ancha y profunda herida
que le ha desgarrado el pecho.
Sus leales le contemplan
consternados y en silencio,
y hay espanto en unos rostros,
en otros dolor sincero,
en algunos honda rabia,
y en todos el desaliento.
Pero los cristianos llegan
con belicoso denuedo,
y al desconcertado alarbe
acometen, de ira ciegos,
y rueda un infiel por tierra
á cada tajo certero.
Crece con furor la lucha,
la refriega va en aumento,
y sólo se escucha en torno
el fragor de los aceros

que se cruzan y golpean
con salvaje ensañamiento;
bramidos del que provoca,
de quien lucha el rugir fiero,
amenazas, del que hiere
y del herido lamentos.
Un peloton de cristianos
que llega como refuerzo,
hace que el terror aumente
en el enemigo ejército,
y hay muchos que acometidos
por los espasmos del miedo,
quedan fuera de combate;
otros se alejan huyendo
en cobarde retirada,
y pocos son los que tercios
insisten en la victoria,
peleando con empeño.
Al mirar los xerezanos
cuál merman los sarracenos,
y que las filas se aclaran
con los idos y los muertos,
todos juntos se disponen
á hacer el postrer esfuerzo,
y al mando del valeroso
Obispo de Mondoñedo,
tan atroz acometida
á los enemigos dieron,
que al primer choque quedaron
los pelotones deshechos,
y en dispersion vergonzosa
á la desbandada huyeron,

no sin que el suelo dejaran
de cadáveres cubierto.

VII

En la Puerta del Real
llamada del Marmolejo,
bulle, charla, se impacienta
y se estruja sin respeto
á la vejez ni al estado,
á la distincion ni al sexo,
una multitud ansiosa
de ver el herido cuerpo
del gran FERNANDEZ DE HERRERA
que al moro *Picazó* ha muerto.
Ha un instante, que vestido
con el traje sarraceno,
sobre voladora yégua
del campo enemigo ha vuelto,
por los moros acosado
y mal herido por ellos.
De mortales cuchilladas
tiene acribillado el cuerpo,
desgarrados los vestidos,
de sangre el rostro cubierto;
ni un suspiro, ni una queja,
ni aun apenas el aliento,
salen en señal de vida
de sus lábios entreabiertos.

Sobre los robustos hombros
de alguaciles y escuderos,

á las órdenes sumisos
del Corregidor y médicos,
DIEGO FERNANDEZ DE HERRERA
fué llevado al santo templo
de San Dionis, donde hizo
la ciencia el último esfuerzo
por restituir el héroe
á su pátria y á sus déudos.
Mas resultaron fallidos,
inútiles los intentos
de los sábios, que la vida
devolverle pretendieron;
y quince dias pasados
de pruebas y de tormentos,
á Dios entregó su espíritu
el bizarro caballero,
que dió su preciosa sangre
por redimir á su pueblo,
del odioso y torpe yugo
del invasor sarraceno. (1)

M. BELLIDO.



(1) Los gloriosos restos de Diego Fernandez de Herrera, fueron sepultados con gran pompa en la cripta de San Marcos, donde fué hallada en 1755 una lápida con la inscripcion siguiente:

«Aqui yace el magnifico y muy noble y esforzado caballero, gran libertador de su pátria Xerez, Diego Fernandez de Herrera, que mató al Infante Tuerto, y á costa de su vida la libró de su gran poder año de 1339.»